

EDITORIAL

Sígueme (*Mc* 10, 21). «Hoy -decía Juan Pablo II en el discurso inaugural-, dando inicio al Sínodo de los obispos dedicado a la vida consagrada y al papel de los institutos religiosos en la Iglesia, sentimos nuevamente resonar esta invitación de Cristo». La vida religiosa es eso, una palabra divina personal, escuchada en la profundidad del espíritu, enclavada en el alma como una espada de doble filo, en espera de respuesta.

Por los caminos de Palestina, en los albores de un mundo nuevo, Jesús fue esparciendo la semilla de su llamada: *Sígueme*. La escuchó María, una jovencita humilde de Nazaret, y respondió con el candor de las almas sencillas: «Hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1, 37). Les fue dirigida a unos pescadores curtidos del mar de Galilea: Pedro y Andrés, Santiago y Juan, y ellos dieron una respuesta inmediata: «Dejadas todas las cosas, le siguieron» (cf. *Mc* 1, 16-20). También Leví, un publicano de Cafarnaún, un «colaboracionista» de los romanos, sintió que Jesús le interpelaba y no dudó en seguirle (cf. *Mc* 1, 13-14). La percibió un joven de buena familia, noble de alma, pero ambicioso y confiado en su «haber»; y su respuesta fue la amarga tristeza y el regreso cabizbajo a la seguridad de la casa paterna (cf. *Mc* 10, 17-22).

Y Jesús llamó a otros hombres y a otras mujeres, cuyos nombres nos han conservado los evangelios: Lázaro, Marta y María, Zaqueo, la magdalena y la samaritana, etc.; y otros muchos más, mujeres y hombres, que han quedado en el anonimato para la historia. Y muchos

respondieron con un «sí» ardiente, generoso, y algunos tal vez con un frío «no», congelado en sus labios, grávido de consecuencias. La vida religiosa, en las variadas formas institucionales y canónicas que ha recibido a lo largo de los siglos, no es sino la prolongación o, mejor todavía, la encarnación del «sí» evangélico pronunciado por María, por los Apóstoles, los discípulos, los primeros cristianos. Un «sí», que es común a todos los miembros de la Iglesia, pero que, en el caso de los religiosos, se caracteriza por su radicalidad. Los religiosos no son más cristianos que los demás, pero sí lo son de forma institucionalmente más radical, en virtud de la consagración total de su vida al amor de Dios y de los hombres.

Durante la IX Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, los padres sinodales han meditado y dialogado sobre la naturaleza de la vida religiosa y su misión en la Iglesia. Han escuchado la voz del Espíritu y han intentado interpretarla, ofreciendo al Santo Padre una serie de proposiciones, fruto del trabajo sinodal. Confiamos plenamente en que los resultados de esta asamblea sinodal sean muy provechosos para toda la Iglesia y por eso hacemos votos para que pronto toda la Iglesia, y particularmente los miembros consagrados, puedan enriquecer su experiencia de vida y su misión en la Iglesia y en el mundo con el documento postsinodal.

Ecclesia desea unir su reflexión a la de los padres sinodales y a la de tantos religiosos y religiosas que en el mundo entero, con su palabra o con sus escritos, han profundizado, sobre todo durante este año, en el espléndido carisma de la vida consagrada. Jesús Castellano Cervera, profesor de teología espiritual, expone el tema de «La vida religiosa y el carisma del fundador», resaltando las cinco dimensiones del carisma: aspecto cristológico y evangélico, dinamismo de la gracia del Espíritu Santo, eclesialidad y eclesialización del carisma, auténtica

perspectiva humanizadora a la luz del Evangelio y dimensión mariana. Por su parte, Gianfranco Ghirlanda, profesor de derecho canónico, aporta, en su colaboración «Carisma de la vida religiosa en la Iglesia», una interesante reflexión sobre la estructura carismático-institucional de la Iglesia, y por ello es en la Iglesia y de la Iglesia de donde surgen todos los carismas, con lo que se excluye la posibilidad de oponer carisma e institución. El extenso y documentado trabajo de Fidel González Fernández, «El carisma de la vida consagrada y la historia reciente de México», recrea en la primera parte, que publicamos, el marco político, religioso y cultural de los últimos siglos, que permite comprender la floración de fundaciones religiosas y de nuevas instituciones eclesiales durante todo el siglo actual.

El 29 de octubre clausuraba el Santo Padre la IX Asamblea ordinaria del Sínodo de los Obispos con una solemne concelebración en la basílica de san Pedro. En la homilía Juan Pablo II dijo estas palabras: «Aquellos que por seguir a Cristo pobre, casto y obediente han abandonado el mundo, al mismo tiempo lo han transformado. Se ha cumplido en ellos la invocación: 'Envía tu Espíritu y renovarás la faz de la tierra'». Los religiosos, dejando padre, madre, hermanos y hermanas por el reino de los cielos, han sido y deben continuar siendo en la Iglesia y en el mundo un impulso renovador, una fuerza transformadora y una presencia misionera con el testimonio de su vida evangélica y con la eficacia de su acción apostólica.

Ecclesia

